

PERSPECTIVAS PARA LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA



Profesor Juan de Dios Vial Correa

Ex Rector

Pontificia Universidad Católica de Chile

Discurso Inauguración Año Académico 2001

Cuando se cumple una fecha en el calendario, parece que no ocurriera nada especial; abril del 2001 es como abril de cualquier año. Un simple cambio en los números no tendría por qué afectarnos y, sin embargo, sabemos que no es así. Pasa como con los cumpleaños o con tantos aniversarios: en ellos tomamos conciencia del flujo del tiempo. Nos damos cuenta de que estamos en un presente, un día de hoy donde se juntan nuestro pasado y nuestro proyecto de futuro, lo cual suscita, al menos, un poco de reflexión.

Al cambiar de milenio no podemos evitar pensar en lo que ha sido nuestra vida. Pensar en dónde estamos. En el relato que hace el Génesis de la creación del hombre, se cuenta cómo éste, después del pecado, se escondió –como nosotros, a veces, evitamos afrontar nuestras vidas–, y de su escondite lo sacó la voz de Dios que simplemente le decía: “Hombre, ¿dónde estás?”.

El gran pensador judío Martin Buber comenta estas palabras diciendo que son como si estuvieran dirigidas a cada hombre y a cada mujer para decirles: “¿Dónde estás? Te he dado tantos y tantos años de vida, tales y cuales beneficios y al cabo de ellos ¿dónde estás?”. Es como preguntarles ¿cuál es tu proyecto? ¿Tienes alguno que le dé algún sentido al día de hoy que estás viviendo? ¿Tienes un juicio sobre el transcurrir del tiempo hasta hoy? En definitiva, ¿qué has hecho con los dones de Dios? ¿Qué es lo que quieres hacer?

Ésa es una pregunta importante cuando se empieza el trabajo de una universidad, relevante para directivos, profesores y colaboradores; para los estudiantes y, más aún, para los que empiezan sus estudios.

Cada uno de nosotros tiene muchos proyectos, un trabajo que llevar a buen término, un curso o un año que aprobar, una materia que enseñar, un título que conquistar y, más allá, un amor que madurar, la mirada de alguien que lograr. Son nuestras acciones, sencillas o complejas, que poseen cada una su sentido, su unidad, desde la cual podemos juzgar todos los pasos que vamos dando tras ellas.

Pero yo mismo, el conjunto de mis proyectos, alegrías y sufrimientos, ¿tiene algún sentido? ¿O soy como un haz de cosas dispersas, juntadas casi por casualidad? Y en una institución educativa, ¿no sería el más grande desafío, la más alta misión la de ayudar a cada uno a descubrir su sentido? Porque mi sentido, lo que da a mis actos su unidad, no lo puedo inventar a mi propio arbitrio. Nadie me lo puede imponer; tengo que descubrirlo si no creo que puedo alcanzar alguna medida de la verdad sobre mí mismo. Es difícil vivir pensando que uno puede lograr pequeñas verdades útiles o necesarias, pero que es imposible siquiera aproximarse a una verdad global sobre sí mismo.

Un novelista inglés moderno, David Lodge, hacía en una de sus obras un relato irónico, cáustico de la crisis espiritual que vivieron católicos ingleses en los años de 1960 y decía: “...en algún momento de los años sesenta el infierno desapareció...”. Con ello quería decir naturalmente que un freno del pecado y la corrupción se había desvanecido. Pero yo creo que Lodge –incrédulo él mismo– no captó la realidad: no era que el infierno estuviera desapareciendo. Para muchos hombres y mujeres lo que desaparecía era el cielo.

A la humanidad de nuestro tiempo le cuesta, en efecto, creer que está llamada a ser feliz, llamada a una plenitud perfecta que ella puede alcanzar y que los actos de la vida son caminos de esa felicidad, de esa plenitud.

San Gregorio de Nisa, monje de la antigüedad, decía que es en esa disposición a aspirar siempre a un bien más alto, donde radica la perfección de la naturaleza humana. Estamos destinados a una felicidad que desafía toda comprensión, aquélla de la que habló San Pablo cuando dijo: "No hay ojo que haya visto, no hay oído que haya escuchado, no hay corazón humano que haya sabido lo que la misericordia del Señor ha reservado para los que lo aman." Pero, ¿por qué le cuesta a tantos hombres entenderlo? ¿Por qué prefieren una vida sin horizonte, una actividad sin sentido? Creo que es porque nos olvidamos o rechazamos el hecho sencillo de que no nos dimos nosotros la vida.

Nuestra vida es íntegramente un regalo: nada hicimos para merecerla. Desde la alegría de un amanecer de campo, pasando por las dulces penas de amor, hasta la fuerza creativa de nuestro trabajo. Todo lo que somos y tenemos es un regalo, es un don, y nuestra primera y espontánea disposición debe ser la gratitud. Si no somos agradecidos por la vida que tenemos, por lo que somos capaces de hacer, hasta por lo que podemos sufrir; si no somos agradecidos de ese don, estamos negando nuestra condición humana y privándonos el acceso a esa plenitud. Esa felicidad que menciona otro gran santo de la antigüedad, Ireneo de Lyon: "El hombre viviente es la gloria de Dios".

Esa condición de ser criatura, de deberlo todo, es la fuente de la alegría y de la verdadera libertad. Pero hay que ser consciente de ella y defenderla tenazmente, buscarla en todos nuestros esfuerzos, en el acto de educarnos como estudiantes, en el acto de educar como maestros; aclarar el sentido de nuestros actos individuales a la luz de ese sentido originario de nuestra existencia.

En nuestro tiempo no es fácil recordarlo siempre. Una parte de la humanidad —la más expresiva, la que más se manifiesta— siente que con la ciencia y la técnica es dueña de la Naturaleza y que ella fabrica su propia historia, su propio porvenir. Pero, ¿cuál es esa naturaleza de la que es dueña?, ¿cuál es esa historia que fabrica? Es la propia humanidad aquello con lo que se juega técnicamente. El futuro del hombre es lo que el propio hombre desea construir a su arbitrio y a su gusto, según su soberana libertad. Hombres son los amos que quieren decidir a su propia voluntad. Hombres también los objetos que son explotados, usados, manipulados como si carecieran de dignidad. Como si no tuvieran sentido, como si no fueran llamados a la felicidad: hombres y mujeres bárbaramente explotados por el comercio sexual, cincuenta millones de fetos abortados cada año; embriones asesinados; mujeres a las que se les venden muy baratas —casi de regalo— las píldoras con las que suprimirán las vidas de sus hijos; ancianos o inválidos sobre quienes se cierne la oscura nube de la eutanasia.

El hombre y la mujer que se niegan a la verdad de que son criaturas, de que el mundo no es de ellos, sino que les ha sido confiado por Dios para trabajarlo y cuidarlo. Ese hombre y esa mujer se sustraen a la plenitud, a la verdadera alegría y construyen en cambio su mundo de rivalidad, desconfianza y profunda tristeza.

Por eso, una universidad está llamada a una tarea especial. A ser una siembra de artes, ciencias, letras y grandes competencias profesionales: pero sobre todo a darles a todos

los suyos la posibilidad de encontrar allí –en esos saberes– su verdadero sentido, su condición de criatura; el modo según el cual su vida reflejará la gloria, la inocencia y la alegría de Dios.

La universidad tiene que ver, por tradición, con el cultivo de algunas formas de actividad humana en las cuales resalta especialmente clara la belleza de encontrar el verdadero sentido de la vida.

En primer lugar está el saber –el conocimiento–. En la universidad deberá quedar claro que éste es un bien, uno de los más altos del hombre; un bien en sí, no sólo en función de sus aplicaciones. Es mejor saber que no saber. El conocimiento sin ninguna aproximación utilitaria ensancha el horizonte del ser humano, lo hace más humano. Y en nuestro tiempo esto es especialmente urgente, porque asistimos a un proceso de gran crecimiento técnico unido a un estrechamiento del horizonte del saber.

Todas las ciencias tienen, por cierto, una dimensión técnica; permiten un mejor control y dominio de la naturaleza y eso es magnífico. Pero todas ellas tienen también otra dimensión que es parte de una sabiduría sobre el hombre y la vida: tienen una dimensión sapiencial. Es difícil olvidarse de la primera dimensión, la técnica. Pero es muy fácil pasar por alto la segunda. La ciencia y la reflexión sobre la ciencia enriquecen y fortalecen el espíritu humano y nos llevan finalmente a plantearnos con claridad y honradez las grandes interrogantes de nuestra vida.

Por el conocimiento, el hombre es, en cierta forma, todas las cosas. Todo el universo, en cierta medida, queda reflejado en el espíritu que lo conoce. Quien comprende esto es capaz de usar con verdadera creatividad todos los recursos de la investigación tecnológica. Pero no se dejará encerrar en ellos; no se dejará capturar por ninguna especialización, sino que mantendrá intacta la noción de que el espíritu es más grande que cualquiera de sus caminos.

Pero la inteligencia humana no es una facultad fría, maquinal. Ella está sumergida en un ambiente de sensaciones, deseos, acciones. Le es natural crear símbolos, huellas o testigos de su paso por la tierra. La poesía, las artes plásticas, la música son expresiones de esa desbordante capacidad que tiene el hombre para construir mundos nuevos, sorprendentes; para abrirse al ambiente, a los otros hombres, a Dios.

Una de las realidades más importantes de la vida universitaria en los últimos tiempos, ha sido la penetración en ella de las artes, con su capacidad inmensamente atractiva de síntesis vital. Las artes, lo que nosotros llamamos arte –muy distinto a lo que con ese nombre se designaba en tiempos de la universidad medieval–, no formaban parte de la estructura de la universidad desde sus inicios, ni se las pudo hallar en la institución universitaria durante muchas generaciones. El siglo XX asistió a una nueva valoración de las artes en relación con la vida universitaria, con la vida intelectual y la educación. El cultivo del arte siempre es un llamado a la originalidad, a la inventiva. Y en ese sentido es profundamente adecuado a la universidad de hoy día que debe procurar crecer justamente en la originalidad, en la inventiva en todos los campos.

Si miramos la realidad chilena nos damos cuenta de que, en esta búsqueda de verdadera novedad, se nos va parte de nuestro destino como Nación. Hoy día está de moda decir-

nos, a propósito de cualquier cosa, que tenemos que ser países desarrollados, que nuestra primera prioridad es superar el subdesarrollo. Pero, ¿pensamos siempre bien en esto que decimos?

Porque si miramos a los países que llamamos desarrollados, veremos que ellos no se miran a sí mismos como tales. No es como se apellidan ni se enorgullecen Francia, Inglaterra, los Estados Unidos; se llaman y sienten a sí mismos como países inventivos, creativos, líderes culturales. Lo que llamamos desarrollo es, en cambio, en buena parte algo parecido a la imitación, a seguir dócilmente un modelo preestablecido. En el mundo que viene, los pueblos se verán forzados a escoger entre ser inventores y ser imitadores. Las artes, la investigación científica, son el camino de un pueblo hacia la floración de su inventiva, de su capacidad de creación original.

Pero Conocimiento e Inventiva, Filosofía, Investigación científica, Arte no son todo para una universidad. Ella es un cuerpo social y le debe un servicio a la sociedad en la que vive y trabaja. Un servicio que es primeramente el de demostrar lo valioso que es el hacer del espíritu humano. El primer servicio de una universidad a su grupo social, es ser una buena universidad y mostrarles a todos los hombres el bien que eso significa.

Pero junto a ello están los grandes servicios que presta la universidad a los hombres y mujeres de su tiempo. En primer lugar, el de la educación, el de abrir las conciencias a la verdad y la justicia. Pero junto a esto —e inseparablemente unido— está el despliegue de su variedad de carreras profesionales, de la educación y la formación para servir. Porque en la gloria del hombre está el ser una criatura social, un ser que vive del regalo que recibe y que se sabe llamado a entregarse a sí mismo.

El Concilio Vaticano II lo decía en forma muy concisa: “El hombre es la única criatura terrestre a la que Dios haya querido por sí misma y sólo puede hallar su plenitud en la entrega sincera de sí mismo, a los demás”. Cada profesión, cada oficio es un llamado específico a servir. Y debe ser esfuerzo y dedicación constante de la universidad, el mostrarles a todos los suyos que hay una insustituible belleza en el servicio, que éste es en último término el reflejo de la verdadera condición humana. El regalo de vida que recibimos y se lo debemos a los demás, porque nosotros también esperamos de otros y recibimos de otros y el entramado de nuestra vida social debe ser de mutua confianza y mutua entrega.

Durante algunos siglos, la humanidad se ha leído a sí misma en clave de conflicto. Contendidas nacionales, políticas, de clase. La universidad debe buscar y procurar otra clave para entender la convivencia humana, como la que proponía Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*: “El Dios de la Alianza le ha confiado la vida de cada hombre a otros hombres, hermanos suyos, en una relación de entrega y acogida”.

No es raro que al meditar en el sentido de los actos humanos y al descubrir la belleza de ser una criatura y de poseer todo de regalo, el pensamiento desemboque en la luz de Dios. También en una universidad eso tiene un sentido especial, el que fue claramente visto y expuesto por el gran teórico de la universidad del siglo XIX, el Cardenal Neumann. Lo que vio él y sobre lo cual insistió, es que no es admisible dedicar el pensamiento a todos los objetos imaginables, mientras se deja a Dios como tema para la efusión sentimental o para la pura afirmación de la voluntad.

El Creador ha dejado su huella en el hombre, en la naturaleza, en la historia, aun antes de haber manifestado sus designios en la Revelación y esas huellas están allí, visibles para todos los hombres de buena voluntad, independientemente de su fe religiosa.

Es una falsa humildad la que nos induce a pensar que no podemos nosotros hacer un esfuerzo metódico para ponerlos en la línea de entender las obras de Dios. Sabemos, por cierto, que Él sobrepasa de lejos todo cuanto podamos pensar sobre Él. De no ser así, no sería Dios. Pero conocemos también que toda la extensión de nuestro espíritu está surcada por caminos que conducen a Él y que toda la multiforme riqueza de nuestra experiencia es apenas un débil reflejo de Su luz.

Es obvio que siendo Dios quien nos llama a la plena libertad, no se puede pensar en imponer su presencia, ni forzar a nadie a ir a su encuentro, pero esta simple verdad de que no se pueden imponer las cosas de Dios, se usa a menudo como pretexto para no proponerlas, para callarlas, para inducir de hecho a la construcción de un mundo sin Creador y, en último término, sin sentido.

Es parte de una educación, de una buena educación, proponerles, a quienes quieran libremente aceptarlo, el camino de la inteligencia de las cosas de Dios, en las cuales está la plena perfección de lo humano.

El cultivo de la inteligencia, de la inventiva original, de la solidaridad humana en el servicio, la apertura a la ciencia de Dios, son dimensiones esenciales de la acción universitaria que yo me atrevería a proponer.

En esas dimensiones puede llegar a configurarse un ser humano cabal, hombre o mujer, penetrado de la conciencia de su sitio en el universo, criatura de Dios, deseosa de devolver con alegría los dones recibidos.

La alegría, una profunda alegría, debería ser la marca, el sello de una vida plena, desde la juventud hasta la muerte. El "Dios que alegra mi juventud" es una expresión que han usado en las oraciones de la liturgia los hombres más ancianos.

El siglo que recién terminó estuvo lleno de manifestaciones de fuerza, de talento, de grandeza, pero también estuvo semicubierto por un velo de tristeza. En el siglo XVII, cuando empezaba la Edad Moderna, Milton hizo el retrato de las prometeicas aspiraciones del hombre encarnándolas en Lucifer, y en su afirmación desafiante de sí mismo. ¿Qué importa en dónde si yo soy siempre el mismo? Hoy día, al cabo de trescientos años, nos hemos ido dando cuenta de lo que yo quisiera dejarles como un mensaje de inicio de año, que para alcanzar la grandeza no es necesario renunciar a ser feliz.